



Morelia. — Colegio de San Nicolás

CAPÍTULO IV

INFLUENCIAS EDUCATIVAS QUE PRODUJERON LA INDEPENDENCIA Y SUS PRIMEROS EFECTOS

Los mestizos que en las escuelas lograban superar, por su educación ó su talento, informando así el codiciable y peligroso hábito de la superioridad intelectual, se veían después suplantados en la vida común, ya que no podían trabajar en lo que gustaran, comerciar libremente ó publicar sus pensamientos, pues lo mismo en el cretón desierto de las montañas que en la pululante urdimbre de las ciudades se erguía la torre del monopolio, para las ideas, el comercio, la industria y el gobierno, aun cuando los colegios, gracias sobre todo á las deductivas abstracciones de la Teología y la Jurisprudencia, omitiendo descorazonantes realidades, hubieran puesto á las almas jóvenes las potentes alas del ideal en pro de la justicia. Tenía que venir en consecuencia, después de esta preparación educativa, un desequilibrio de las clases que entraban en conflicto; sin embargo, mientras fueron pocos los hijos selectos de las escuelas, tuvieron que ser aisladas las protestas. Por otra parte, el pueblo bajo, que sufría más que ninguna otra clase social, no podía combatir á sus tradicionales extorsionadores, porque aun cuando éstos tuvieran virreyes á su cabeza, los tenían á menudo bondadosos y caritativos, y aunque se organizaran tropas para ir á invasiones ó sofocar revueltas, luego se licenciaban, y vueltos vecinos pacíficos los guerreros, entraban al anonimato de la multitud; de modo que la idea de una rebelión se desvanecía al desvanecerse el enemigo, tanto más cuanto que el grupo de mestizos ilustrados, que hubiera podido orientar las ideas, fué pequeñísimo largos años.

2. Estas circunstancias, sin embargo, cambiaron profundamente en la segunda mitad del siglo XVIII; por una parte, para defender al país de un posible ataque de Inglaterra, el marqués de Cruillas organizó,

hacia el año de 1762, el primer ejército regular que hubo en México, con lo que los dominados pudieron ya dirigir contra un cuerpo circunscrito sus comprimidos odios; de modo que, lo que pudiera creerse medio seguro de robustecer la dominación, contribuyó á facilitar su caída.

Por otra parte, el pueblo iba á tener jefes: los tenía ya, gracias á las escuelas; no faltaba, pues, sino la condición de que habla Tarde para que sean posibles las guerras: que los que vayan á emprenderlas se sientan en comunión de necesidades y de fe, en que es posible satisfacerlas, ó de desesperación para preferir la muerte á todo; en efecto, si uno sufre la afrenta más inicua, puede defenderse y morir sin que su acción alcance las proporciones de una guerra; pero si sabe que él y otros sienten necesidad de defenderse, ó si prefiere, juntamente con otros, morir á verse humillado, se une con ellos y la guerra estalla.

La conciencia de la comunidad de necesidades y de deseos en cada grupo de la colonia se había ido produciendo, no sólo por las escuelas, que, sin embargo, en mucho contribuyeron, sino por otras influencias educativas: peculiares unas del grupo dominador, consistían en las fiestas de que disfrutaba, en el hábito de imponerse despóticamente sobre los humildes, y en el de resolver desde los salones los negocios todos, sólo imaginando lícito, normal y concebible el gobierno de los potentados; especiales otras, influencias de las ciudades, y constituidas por sangrientas corridas de toros, ó en México por patibularios autos de fe, fomentaban, en los que creían estar tan altos y tan lejos del pueblo que consideraban plausibles contra éste las vejaciones todas, el placer de efectuar actos de crueldad, como los de Iturbide y D. José de la Cruz en la guerra de independencia.

3. Por otra parte, ostentando las corridas de toros y los autos de fe un jubiloso lujo de crueldad ante el pueblo bajo, le daban mayor facilidad que la ya adquirida por otros motivos, para desahogarse sanguinariamente al sentir el menor impulso delictuoso, no con la conciencia de la superioridad colectiva que se había despertado en el grupo dominador, sino con rebullimiento de todos los apetitos de fiera, que podía hacer explosión en el desenfreno de las guerras.

4. En cambio, las fuerzas educativas que más influían sobre los mestizos superiores constituían una benéfica educación cívica, primero que en otra parte en las escuelas de mayor categoría, donde, como ya lo he dicho, se exaltaban los grandes ideales de la justicia y del derecho, como el *summum* de la humana perfección. Disciplinados con tales ideas los más inteligentes, sólo podían aspirar, si tenían carácter, á imponerlas, al salir de las escuelas y sentir las vejaciones producidas por la injusticia de los privilegios.

Esta educación se orientaba en una común conciencia de la iniquidad y del deseo de rebelarse, cuando veían cristalizados los ejes de las ideas en libros que, sin la forzosa discreción de las enseñanzas escolares, eran leídos con largo, febriciente y apasionado fervor, y ponían casi al unísono las almas de cuantos en México los leían, mezclando en consecuencia, al través del Océano, las ideas de allende el mar Atlántico con las de la tierra mexicana, sin confundirlas, no obstante, totalmente.

5. Desde luego, y por siglos, el escolasticismo español había estado arrojando su dialéctica como levadura perpetua á las inteligencias nuevamente nacidas en la América; quisieron entonces las autoridades de la Península y de este virreinato aislar de cualquiera otra influencia á los mexicanos, y lo lograron durante el gobierno de los Austrias, que cuidadosamente cerraron el camino á toda mercancía, á todo hombre que no fueran peninsulares, asegurando esta separación con severísimas penas impuestas por el Supremo Tribunal de la Fe, cuando sospechaba que ideas heréticas se habían adueñado de cualquier individuo llegado al país.

Por tal medio, México estuvo alimentado largo tiempo casi nada más que del pensamiento español: fué entonces su dialéctica un pálido remedo de la ibérica, y sólo su literatura pudo ser la competidora de la española cuando la hicieron hablar los célebres mexicanos D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza y Sor Juana Inés de la Cruz. Entonces las galas del estilo y de la metrificacón, aun en lengua latina, llegaron á ser adorno de toda fiesta, y así, mientras los hijos del país llegaban á tener ideas, aprendieron á lo menos á frasear.

6. Pero imposible fué el aislamiento cuando una casa dinástica francesa rigió los ibéricos destinos: multiplicáronse así en España las ideas, los hombres, y toda clase de mercaderías venidas del otro lado de

los Pirineos, con mayor trascendencia aún porque esto acaeció en el siglo XVIII, gran zapador de viejos ideales.

Afrancesáronse entonces muchos españoles, no sólo superficialmente, sino de un modo profundo: gustaron las deleitosas sátiras y los hondos idealismos de los adversarios del viejo régimen; pasaron luego varios de ellos el Océano, y como á veces eran las propias autoridades quienes así traían las nuevas ideas con libros que á la par se deslizaban subrepticamente, muchos afrancesados españoles habían hecho prosélitos en México en el postrer tercio del siglo XVIII, y gustaban el fruto peligroso y rico de las lecturas,

frecuentemente en los curatos y en los conventos, ya que era en esa época la gente de iglesia la más ilustrada.

Concluyó así el dominio español y empezó el dominio francés sobre las almas selectas, realizando por tanto su independencia mental varias décadas antes que la material; aprendieron entonces á darse cuenta de su comunidad de miras al unirse, ya en los corrillos de las escuelas en las horas muertas del internado, ya en sociedades literarias y luego políticas, ya en las aulas dirigidas por profesores que habían visto la nueva luz, como el grande Hidalgo, que infundió sus ideas en Morelos, y otros muchos, en el Colegio de San Nicolás; y se realizaron de esta suerte dos supremos resultados: uno, la obra que la Universidad debía haber llevado á buen término: realizar la educación superior, como la realizaron por esfuerzo privado y gracias á los libros, los sabios que escalaron en tiempos diversos las cumbres del pensamiento; otro, más trascendental, romper las ligaduras de las ideas, unir á los aristócratas de la inteligencia por la misma esperanza, hacerles saber que, así en Norte-América como en Francia, los inermes, los desorganizados, los sometidos habían impuesto la ley á los armados, á los organizados, á los domi-



México. — Fachada de la Academia de San Carlos, hoy Escuela Nacional de Bellas Artes

nadores, é impulsarlos á encabezar movimientos insurreccionales, que debían ser las últimas peripecias de los reñidos dramas librados antes en las conciencias.

Fué así como, á principios del siglo XIX, el distinguido D. Pablo Moreno pudo dar ya las primeras clases de Filosofía libre que en el país hubo, y consumir una revolución en el ánimo de D. Andrés Quintana Roo, D. Lorenzo de Zavala y otros de sus discípulos; fué así también como llegó á ser posible que en el Ayuntamiento de la capital del virreinato, en 1808, en plena sociedad colonial, se elevara D. Francisco Flores Verdad al concepto de gobierno democrático para la Nueva España y lo proclamara ante los asombrados gobernantes.

Nada de esto podía llegar hasta la clase baja, pero sus emociones dominantes la hacían admirablemente á propósito para secundar cualquier esfuerzo insurreccional; en efecto, dividiase como he dicho en

dos grupos: el indígena puro y el de los mestizos inferiores; si el primero no tenía ideas, tenía emociones; una, la fundamental, la que al principio bosquejé: el fruto de la enseñanza religiosa, la inerte resignación, la atónita falta de esfuerzo para toda obra de este mundo; otra también con recias raíces, la originada por el despotismo de los dominadores, que habían provocado terribles arrebatos de ira y los habían yugulado luego por el temor, transformándolos en odio, recónditamente escondido y pronto á estallar contra los opresores. Odio también contra ellos no existía entre los mestizos ínfimos; pero, con ser la hez de la sociedad, tenían la posibilidad de prohijar todas las emociones antisociales y eran así tremendo combustible en la hora de luchar contra la dominación.

7. Sólo un grito faltaba, por lo mismo: un hombre, para unir á los que podían pensar y acaudillar á los que podían obrar; ese grito fué pronunciado: ese hombre fué Hidalgo, á cuya voz se realizó el gran movimiento de independencia. Organizado por los que habían elevado sus pensamientos hasta el ideal de la justicia, causó la reacción de los partidarios de las diversas formas de absolutismo, que no sólo eran los españoles, sino principalmente los criollos enriquecidos, y desató y mantuvo la larga guerra de libertad, cuyas aspiraciones tuvieron dos agentes de propaganda: el periódico ó el folleto, y los grandes hombres, que, con sus extraordinarias hazañas, fueron poderosos modelos.

El periódico, simple hoja volante durante la dominación, que, cuando llegaban flotas ibéricas, se publicaba para dar á conocer, particularmente al criollo ó al español, los sucesos notables de la metrópoli, al estallar la guerra de independencia entró en nueva faz, acompañado profusamente por el folleto, y procurando educar, tanto al pueblo que sabía leer, como al resto de las masas, á las que se le leía ó se le daba á conocer en conversaciones: D. Joaquín Fernández de Lizardi escribió entonces varios de sus extraños y múltiples folletos, donde, junto á insignificantes pasajes, destellaban acerados dardos de buen sentido, para corregir opiniones falsas; el desequilibrado D. Carlos María de Bustamante entremezclaba sin cesar su fervoroso entusiasmo por la patria con las más infelices divagaciones, y el casi siempre sereno y grande D. Andrés Quintana Roo fué, en los periódicos del tiempo, el elocuente defensor de los ideales independientes, ayudado y á veces dirigido por el famoso doctor Cos, que, en sus planes de guerra y de paz, dió grandes lecciones moralizadoras lo mismo á los insurgentes que á los realistas.

Así, durante los once años de lucha, cuando las escuelas se convertían en clamorosos cuarteles y el dinero destinado á sostenerlas se invertía en la guerra, substituyeron los periódicos y los manifiestos de los jefes independientes á las escuelas mismas y fueron los verdaderos educadores; pero más que la influencia de ellos debe notarse entonces la de los grandes patricios: convertidos en prototipos de virtudes cívicas, imprimieron un ideal á las multitudes y después de su muerte se han agigantado, personificando lo grande y noble que pueda soñarse para la patria.

8. Sin embargo, al lado del efecto moralizador de los buenos escritos y de los patriotas geniales, el desquiciamiento de la guerra causó una enorme desmoralización; la sociedad colonial, como lo ha notado bien el distinguido sociólogo D. Miguel Macedo, aun cuando fuera defectuosa, estaba organizada: con sus cimientos de población vegetativa, su clase media, de brazos atados, su miope clase directora; todos, salvo los abandonados, ocupando permanentemente su sitio, que transmitían por lo común á sus hijos. Súbitamente, la guerra lo puso todo en tela de juicio; como una racha furiosa niveló las varias partes del edificio social; dió pábulo á las tendencias megalomaniacas y originó incoercibles ambiciones, que debían producir nuevos disturbios.

9. Análogo sistema de educación, establecido antes en España, había producido allá, casi al propio tiempo, análoga protesta contra los opresores, como la había producido en Francia y debía producirla en todos los países que, con la misma inicua distribución de derechos, hubieran sido educados en el ideal de la justicia absoluta.

El movimiento revolucionario español originó la progresista y disolvente Constitución de 1812, que permitió que los independientes utilizaran la libertad de imprenta, en los pocos lugares de la Nueva España donde efímeramente se estableció dicha Constitución; pero el retroceso se produjo en seguida, y los liberales sólo pudieron imponer otra vez sus ideas en 1820.

Entonces los realistas mexicanos, al ver que el gobierno iba á permitir libertades que destruirían anti-